

de que retrocediera en parte el ala izquierda rusa.

Mas antes de dar la orden de retirada, Kuropatkin quiso ver si el fraccionamiento del enemigo le permitía aplastar al II y III ejército, para caer luego sobre el I con todas sus fuerzas reunidas; y corriendo á Liao-Yang dispuso que dos regimientos, saliendo de los fuertes, averiguaran el efectivo de las tropas japonesas allí empeñadas. El reconocimiento demostró que la superioridad numérica de los japoneses era muy grande, y que fracasaría la maniobra; entonces Kuropatkin ordenó la retirada general.

Organizando primero la posición de Liao-Yang para mantenerse á la defensiva si el enemigo le atacaba antes de haber recibido suficientes refuerzos, ó para aprovecharla como base de la ofensiva si el ataque japonés se hubiera demorado hasta después de



General Fushii,
jefe de E. M. del general Kuroki

la llegada de los cuerpos europeos; defendiéndose luego metódicamente, conservando sus fuerzas y destrozando las del enemigo; apreciando con serenidad la situación en todos los momentos; aprovechando la circunstancia de haberse fraccionado el ofensor para intentar batirle en detalle; y retirándose por fin sin quebrantos ni estorbos ante un enemigo superior, el general Kuropatkin se ha mostrado digno del cargo que ejerce, y merecedor como general en jefe de las alabanzas que se le habían ya tributado como excelente organizador.

En especial la retirada de Liao-Yang fué un modelo en toda la acepción de la palabra. Sin prisas ni confusiones, sin dejar prisioneros, ni abandonar heridos, llevando consigo un inmenso material y una no menos copiosa impedimenta, el ejército ruso retrocedió á través de un país casi hostil, á lo largo de caminos puestos intransitables

por las lluvias, y teniendo siempre á raya al enemigo que le amenazaba por la retaguardia y por un flanco.



General Inuye,
comandante de la 12.ª división japonesa

Los japoneses ganaron terreno, pudieron avanzar al N. del Tai-tsé, y esta fué la única ventaja que lograron, porque el ejército ruso no quedó vencido tácticamente y obtuvo la victoria estratégica. Cuanto más se internó Napoleón en Rusia y sus ejércitos en España, cuantos más laureles cosecharon en aquella época las águilas imperiales, tanto más rápida y espantosa fué su ruina irreparable.

Ni Oku, ni Nodzú, ni Kuroki nos han parecido nunca grandes generales, si bien reconocimos en el primero y le concedemos aún un gran temple de alma. Aguardábamos



Capitán Hirose,
muerto en el combate naval de Port-Arthur,
el 27 de Marzo

para juzgar al mariscal Oyama que asumiese la dirección del ejército; si por una parte las excelentes cualidades de minucioso y

detallista, que había demostrado como jefe del Estado Mayor general en Tokio, nos inclinaban á dar crédito á las ditirambos que en su honor elevaban muchos críticos, por otra parte el fracaso tremendo de sus planes ante Port-Arthur nos inducía á reputarle como uno de tantos caudillos adocenados y medianos. Después de la batalla de Liao-Yang, lo menos que podemos decir de él es que los manes de Moltke debieron estremecerse indignados en su sepulcro al enterarse de que los periódicos comparaban al mariscal japonés con el gran capitán teutón.

Desde el 31 de Julio en que Kuroki quedó definitivamente dueño de los pasos de Fenchui-ling, y Oku y Nodzú se apoderaron de Si-mu-tcheng, 23 días ha tenido el general Oyama para preparar el avance concéntrico sobre Liao-Yang de los tres ejércitos de la Mandchuria. El I tenía que recorrer 5 kilómetros y 12 los otros dos; los rusos, resueltamente á la defensiva, no opusieron el menor estorbo ni tropiezo; pocas veces ó acaso nunca en los tiempos modernos, ha estado un ejército invasor en tan favorables condiciones para desarrollar su ofensiva.

El plan de Oyama pudo ser: 1.º librar una batalla con el exclusivo objeto de arrojar á los rusos de Liao-Yang; 2.º aniquilar al enemigo mediante una maniobra envolvente, combinada con un ataque directo.

Este segundo objetivo—tan cacareado por los críticos—no lo abrigó nunca Oyama, y si en realidad quiso ponerlo en práctica se equivocó de un modo lamentable é incurrió en errores impropios, no ya de un general, sino de la persona menos versada en cuestiones militares, como demostraremos en breves palabras.

El ala estratégica, la derecha, necesitaba, para llevar á cabo con éxito feliz un movimiento envolvente: 1.º la disposición previa de las tropas hacia el N., para que en el momento oportuno pudieran pasar á la derecha del Tai-tsé; á falta de esto, se imponía la concentración al N. en cuanto comenzara la batalla; 2.º tener su flanco izquierdo asegurado por los ejércitos del S.; 3.º mantener en relativo estado de reposo y cohesión las tropas, para que ejecutaran la maniobra con rapidez y entablaran la acción táctica final con energía y vigor. Se requería además, como complemento de la operación decisiva, que el II y III ejército entretuvieran en un combate porfiado, más que empeñado á fondo, al ejército ruso, á fin de que éste, lejos de retirarse, conservara sus posiciones avanzadas, cuanto más avanzadas mejor.

Nada de todo esto aconteció en la batalla. El ala derecha fué la primera que entró en fuego y se batió, sin auxilio de los demás ejércitos, en los días 25, 26 y 27 de Agosto, quedando quebrantada é inutilizada para emprender largas marchas y combates vio-

lentos; aunque la masa principal de esas tropas se inclinó hacia el N. el día 30, permaneció una fracción considerable mucho más al S. hasta el 1, por lo cual transcurrieron 60 horas antes de que el I ejército pudiera empezar sus operaciones en la orilla derecha del Tai-tsé. Debilitado el II ejército por el envío de una de sus divisiones al I, una sola brigada mantuvo el enlace, debilísimo, entre los dos grandes núcleos japoneses, mientras que el del S. se extendía con preferencia hacia el lado opuesto. Por último los vigorosos ataques del general Oku contra las posiciones de Liao-Yang sólo pudieron dar por resultado la retirada progresiva del enemigo, ó sea el paso de tropas rusas al N. del Tai-tsé dificultando así la ejecución de la maniobra capital encomendada á Kuroki.

En suma, el mariscal Oyama hizo todo lo contrario de lo que imponía la más elemental prudencia, si en efecto se propuso cortar la retirada á su adversario.

No cabe duda que su único objetivo era la conquista de Liao-Yang, lo cual se corrobora recordando que el día 27 de Agosto el I ejército quedó dueño del terreno comprendido entre el Tai-tsé y la derecha del Tang, y que continuó la ofensiva hacia el O. hasta el día 30, en que recibió la orden de suspenderla y cruzar el primero de aquellos ríos, en vista de que el ataque de frente de los otros dos ejércitos resultaba infructuoso.

Consideradas las operaciones del general Kuroki como encaminadas á obtener un fin táctico, estuvieron bien dispuestas y desarrolladas, porque amenazaron un vasto sector, 20 kilómetros, situado á retaguardia de los rusos, obligando al enemigo á distraer fuerzas y formarlas en una larga línea. Pero si el objeto fué cortar la retirada á Kuropatkin, hubiera sido mucho mejor agrupar más las fuerzas y adoptar la disposición escalonada hacia el O, y no hacia el N., con el objeto de penetrar y romper definitivamente la línea rusa.

El desarrollo de la batalla, en conjunto y en detalle, confirma pues la opinión de que el mariscal japonés sólo trató de entrar en Liao-Yang.

Que consiguió su objeto es indudable, pero así como hay retiradas que equivalen á las victorias más brillantes, ciertas ventajas tácticas constituyen otras tantas derrotas estratégicas. Sin perder hombres, ni cañones, ni municiones, los rusos se retiraron al N. sin verse perseguidos de cerca ni apenas hostilizados; acercándose á su base, Kharbin, cada paso que dan aumenta su fuerza y les mejora su situación.

El general Kuropatkin sabe perfectamente que los mejores soldados japoneses están ahora en la Mandchuria, y que los que á ella irán más adelante ni tendrán la solidez, ni la instrucción de los primeros; le interesa



La muerte del porta-estandarte: episodio de la batalla de Wa-fang-hu

por lo tanto asestar rudos golpes é inutilizar á ese primero ejército, lo cual va logrando con los cuerpos siberianos, los más flojos en todos conceptos, mientras que los europeos van poco á poco llegando al teatro de la guerra.

Si Oyama se hubiera detenido en Liao-Yang, organizando defensivamente la Manchuria meridional, el resultado de la guerra se presentaría muy obscuro, y nadie podría predecir el sesgo de los acontecimientos futuros. Mas el avance de Kuroki hacia Mukden hace creer que una vez reorganizadas y abastecidas las tropas japonesas, continuarán internándose al N., y en tal caso más ó menos pronto cambiará la situación militar. Aunque tenga fuerzas superiores, Kuropatkin no tomará la ofensiva; esperará el choque tras de fuertes posiciones y cuando haya destrozado al enemigo en una batalla defensiva, repitiendo el caso de Liao-Yang, arrojará sus cuerpos de refresco al combate y tratará de aniquilarle de una vez. El terreno que se extiende entre Thieling y Liao-Yang y el que hay al N. de aquel punto, bastante unido y despejado no se presta á que un ejército derrotado vaya apoyándose en líneas naturales de defensa, y si los japoneses tienen la desgracia de ser vencidos no se retirarán tan fácilmente como se han retirado los rusos.

¿Qué podemos esperar de los talentos y cualidades de los dos generalísimos? Los hechos hablan por nosotros. Atacado por un enemigo muy superior y provisto de doble número de piezas; luchando con un río caudaloso á su espalda; amenazado su flanco izquierdo; debiendo evacuar un copiosísimo material de todas clases; recorriendo un terreno que no se presta á la defensa; en las peores circunstancias imaginables, el general Kuropatkin, desenvolviendo con una energía indomable su metódico plan, ha replegado todo su ejército sin perder un cañón, ni dejar un prisionero, y descargando golpe tras golpe sobre su adversario.

Frente á estos hechos, vemos que en doce días de furiosa lucha los japoneses sólo pudieron apoderarse de una parte de la línea avanzada; las demás posiciones las abandonaron los rusos, siempre después de combates afortunados y de haber rechazado al ofensor. Entró Oyama en Liao-Yang, pero no derrotó á los rusos, y fué impotente, no ya para caer sobre los moskovitas en plena retirada, sino para destruir la más insignificante extrema retaguardia.

Si esto ha acontecido hallándose el ejército japonés en el apogeo de su pujanza y de su fuerza ¿qué sucederá más adelante, cuando se troquen los papeles? ¿Ocurrirán sucesos que modifiquen los términos del problema, tal como hoy se halla planteado?

Pero, se dirá, el abandono de Liao-Yang sella definitivamente la suerte de Port-

Arthur. Merece esto capítulo aparte, por lo que nos limitaremos á preguntar: ¿á qué precio habrán conquistado los nipones aquella plaza, si realmente cae en sus manos?

JUAN AVILÉS

LA VERACIDAD JAPONESA

Los comentarios más sabrosos que pueden hacerse sobre la batalla de Liao-Yang son los que se deducen de los despachos oficiales del mariscal Oyama. Sin duda los japoneses creen que todos somos chinos, y aunque no se han despachado á su gusto, como en otras ocasiones, no obstante, continúan mostrándose poco amigos de la verdad.

Empecemos por el capítulo de bajas. Telegrama de Oyama, del 28 de Agosto: «Nuestras pérdidas—las del ejército de la derecha, en los días 25, 26 y 27—son 2000 hombres.»

Telegrama del general Kuroki, del día 29: «Nuestras pérdidas en los días 26 y 27 han sido 2000 hombres.»

Telegrama del mariscal, del día 1 de Septiembre: «Nuestras bajas desde el día 29 son unas 10000.»

Telegrama del mismo mariscal, del día 5: «Ignoramos aun cuantas bajas hemos tenido, pero deben ser considerables.»

Declaración oficial del Ministerio de la Guerra de Tokio, el 11 de Septiembre:

«Los partes formulados por los hospitales de campaña demuestran que nuestras pérdidas en Liao-Yang y sus alrededores desde el día 26 son 17539; corresponden 4866 al ejército de la derecha; 4992 al del centro y 7681 al de la izquierda.»

Resulta de esto que según Kuroki su ejército tuvo en los días 26 y 27, 2000 bajas, pero como los totales fueron 4866, en los otros diez días de batalla solo perdió 2866 hombres; y, en efecto, en el parte detallado que dió de las operaciones, hecho público en Tokio el 13 de Septiembre, dice en su último párrafo:

«Nuestras bajas desde el 28 de Agosto no las conocemos aun exactamente pero son unas 4000.»

Comparado esto con lo que dice Oyama, la contradicción no puede ser más palmaria.

Continuemos: añadiendo á las 6000 bajas confesadas por Kuroki, unas 1000 que sufrió en los días 24 y 25, llegamos á 7000. Si deducimos este número del total y suponemos que en los días 29, 30 y 31 perdió Kuroki 2000 hombres, resultará que en los otros nueve días tuvo 5000 bajas; sumado este número con 10000, que es el de bajas en los días 29, 30 y 31, según Oyama, deducimos que las pérdidas del II y III ejércitos en los días 25, 26, 27 y 28 de Agosto y 1 á 4 de Septiembre, en que tuvieron lugar los combates más rudos, fueron solo 2539 muertos y heridos.

¿Es esto creíble? Están estupenda la inexactitud, que los japoneses han disfrazado la verdad, diciendo: «Los partes formulados por los hospitales de campaña...» y como á esos hospitales no se llevan los muertos, ni el atacante pudo retirar los heridos caídos á la inmediación de las trincheras rusas, se deduce que las bajas alcanzan una cifra verdaderamente aterradora.

En esta ocasión el mariscal nipón no ha podido fantasear sobre los cañones y material de guerra cogido al enemigo, pero ha aprovechado la oportunidad para escribir un excelente artículo de periódico. Véase la muestra.

Telegrama del 9 de Septiembre:

«Al retirarse de Liao-Yang—el enemigo—prendió fuego á casi todos los almacenes y á la estación del ferrocarril, pero nosotros



Acuartelamiento de la caballería japonesa en la línea de contravalación de Port-Arthur

nos apoderamos de gran cantidad de provisiones y otras cosas (!). A duras penas consiguió salvar sus cañones, pero se vió obligado á reunir sus carros de municiones junto á los almacenes, donde los incendió. No obstante, en las trincheras y en los fuertes dejó cantidades tan grandes de municiones que aun no hemos tenido tiempo de contarlas.»

Como se ve, los trofeos de doce días de batalla, en que los victoriosos japoneses acorralaron y derrotaron vergonzosamente á los moskovitas, no han podido ser más espléndidos y estas otras cosas cogidas al enemigo recuerdan los resultados de la batalla de Sedán.

Pocas pinceladas, pero maestras, pintan la espantosa confusión de los rusos en retirada.

Telegrama de Oyama, del día 1.º de Septiembre, á las diez de la noche:

«El enemigo, incapaz de resistir nuestros impetuosos ataques, ha comenzado á retirarse hacia Liao-Yang. Nuestra izquierda y centro están persiguiendo tenazmente al enemigo, que, en gran confusión, trata de retirarse á la orilla derecha del Tai-tse.»

Después de esto, creíamos que el ejército

ruso habría perecido ahogado en las aguas de aquel río, cuando posteriores despachos llegaron sumiéndonos en una confusión mayor aun que la de los rusos.

Telegrama del repetido mariscal, fechado en la noche del 2:

«El enemigo, frente á nuestra izquierda y centro, continua la retirada á la derecha del Tai-tse, excepto una parte de su fuerza que ocupa los fuertes del S. y S. O. de Liao-Yang y la altura al N. E. de Mu-te-hang. Nuestros ejércitos prosiguen el ataque.»

Telegrama del día 3, también en la noche.

«El resto del derrotado ejército aun presenta alguna resistencia delante de Liao-Yang. Nuestros ejércitos del centro y de la izquierda están atacando.»

En fin, la confusión de los rusos llegó á tal extremo, que Kuropatkin evacuó la pla-

za el día 4 sin que lo sospecharan los japoneses, los cuales no pudieron siquiera atravesar el puente sobre el Tai-tse. Pero lo más elocuente respecto á esa confusión es el siguiente párrafo de Kuroki en su parte de las operaciones:

«La segunda columna estuvo muy expuesta (el día 2). Los soldados, desde la noche anterior no pudieron comer ni beber una gota de agua, manteniéndose de los pocos granos de arroz que llevaban consigo; esto se debió á que nos atacaron por los dos flancos y las comunicaciones con la retaguardia quedaron cortadas. Otras dos ó tres brigadas enemigas avanzaron al ataque, pero, por fortuna, en este crítico momento la columna de la izquierda contuvo el ataque. Reunidas las dos se lanzaron contra el enemigo, pero no pudieron rechazarlo. El fuego continuó toda la noche.»

Para terminar notemos el palmetazo que el Mikado ha dado al famoso mariscal. La batalla de Liao-Yang, calificada de decisiva y pregonada así por todo el mundo dió motivo para que el Mikado lanzara un manifiesto felicitando y dando las gracias al ejército de la Mandchuria, el cual manifiesto al referirse al fin de la guerra, dice que está

aun muy lejano, por lo que pide á las tropas nuevas muestras de energía y perseverancia.

El Capitán SUBRIO ESCÁPULA

EPISODIOS DE LA BATALLA DE LIAO-YANG

En sus números del 9 y 10 de este mes, el *Times* ha publicado los telegramas extensísimos (1) que le dirige su corresponsal en el ejército del general Oku, después de la batalla de Liao-Yang. Esos despachos, recuerdan, sino superan, las magníficas descripciones de los combates de Plewna debidas al célebre Archibald Forbes. El corresponsal entró con los japoneses en Liao-Yang; durmió aquella noche en el monte Shu-shan, y el lunes, día 5, á primera hora, se dirigió á caballo á Niu-chuang, donde embarcó en un junco para descender por el Liao hasta Yn-ku; los vientos contrarios le obligaron á dejar la nave y recorrió á pie las últimas 20 millas. Acompañado siempre por uno de sus colegas, llegó por fin á Shan-hai-kwan, en la Chira, desde donde, sin las trabas ni la censura japonesa, pudo con toda libertad telegrafiar á su periódico, al cabo de 60 horas de un viaje casi incesante. Desde Pekín, el día 9, concluyó su notabilísimo mensaje.

En la imposibilidad de copiar íntegros los telegramas, daremos á conocer los párrafos más interesantes.

«Después de un duelo de artillería que duró todo el día—el 30 de Agosto—y que en punto á bajas debió ser más duro para el atacante que para el defensor, porque en la húmeda atmósfera los cañonazos japoneses dejaban un penacho de humo que sobresalía de los trigos en que se ocultaban las piezas, los comandantes de división recibieron el orden de lanzar adelante su infantería. Esta maniobra fué preparada por un recio tiro de 160 cañones de campaña y 60 howitzers, contra los cuales opusieron los rusos unos 48 que disparaban con puntería indirecta.

«El avance de la infantería fracasó. Sin vacilar, los pequeños infantes obedecieron la orden y en grupos de 12, que es la formación normal en tales casos, avanzaron contra el infierno que se les preparaba. Los batallones de cabeza de la 4.ª y 6.ª divisiones trataron de aproximarse al monte Shu-shan, pero una lluvia de plomo desde la aldea que hay al pie y desde las trincheras más altas, les hizo retroceder, obligándoles á resguardarse en zanjas que abrieron en el reblandecido terreno. La 3.ª división, con el bravo 34.º Regimiento delante hizo una tentativa análoga en el centro, pero el resultado fué también una desastrosa carnicería.

«En la izquierda rusa, la brigada de la

(1) Ocupan más de cinco columnas del *Times*.

derecha de la 3.ª división y la 3.ª división habían conseguido algunos progresos, aunque insignificantes, porque los hombres de la 3.ª se apoderaron de un pequeño saliente, y la 5.ª pudo mantenerse en las alturas que los rusos no habían atrincherado. Considerando la disparidad de las fuerzas rivales, al caer la noche los laureles correspondieron á los rusos.

«Pero el arte japonés de la guerra impone perseverancia, y la primera materia se presta á ella. A pesar del fracaso del primer ataque, comenzó otro á las dos de la siguiente madrugada. Los tintes grises del amanecer fueron testigos de una nueva escena de matanza, porque la derecha rusa repelió el ataque. Los japoneses cargaron con bravura y merecían la victoria, pero el fuego de enfilada de cada saliente desbarataba los avances antes de que los infantes pudieran llegar á las defensas accesorias.

«La 5.ª división fué más afortunada contra la izquierda rusa. La posición estaba defendida por una triple línea de trincheras con glasis protegido por una alambrada de 10 pies ocultando una zona de pozos de lobo con piquetes aguzados en el fondo. En su parte inferior, esta colina formaba un saliente, pero las líneas superiores estaban flanqueadas por una eminencia cónica que obraba como baluarte y también astutamente atrincherada.

«En la semi-obscuridad de las primeras horas, el 41.º Regimiento se apoderó de este saliente, perdiendo 75 de los 100 zapadores que con hachas abrieron camino á través de la alambrada. Los infantes, precipitándose por la brecha, cayeron sobre los centinelas de la trinchera antes de que las guardias, que dormían en abrigos blindados, más atrás, pudieran acudir en su auxilio. Pero cuando fué de día claro, se desarrolló una de las tragedias tan comunes en las modernas guerras. Las granadas, disparadas al parecer por los cañones japoneses, arrojaron á esos bravos asaltantes de sus posiciones, llenando las trincheras rusas de cadáveres japoneses, de modo que una hora después de salir el sol la situación de la defensa y del ataque estaba en *statu quo*...

«El día era espléndido, y durante toda la mañana la energía del ofensor se concentró en un duelo de artillería contra la colina primero conquistada y perdida luego. A las 10 vimos como la 5.ª división avanzó contra la izquierda rusa. Arrastrándose, más que andando, esta división se aproximó al enemigo, y los pequeños howitzers, que acompañan á todas las brigadas de infantería, comenzaron á apoyar la línea de fuego, disparando contra las rocas que cubrían la artillería rusa; cuando la preparación pareció completa, las tropas se extendieron en una sola línea de columnas de compañía, cuerpo á tierra. A las 11 y cuarto la línea avanzada se fraccionó en grupos de á 12 y